

Humanizar al enemigo

Mateo 5:38-48

Durante la Primera Guerra Mundial alguien hizo un estudio de la precisión de tiro de los soldados en el campo de batalla mismo. Descubrió que la mayoría no apuntaban al enemigo. Sentían una resistencia a matar, a pesar de estar en el mismo campo de batalla.

El ejército luego hizo un estudio con el fin de descubrir cómo entrenar a los soldados para que estuvieran dispuestos a apuntar al enemigo con su fusil y matarlo. El entrenamiento actual hace precisamente esto. Está diseñado para reducir la resistencia instintiva de no matar, pero sólo en cuanto al 'enemigo'. No quiere que mate a su compañero en la trinchera.

Por tanto, una parte importante del entrenamiento es deshumanizar al enemigo. Hay que convertirlo en 'cosa' en vez de persona. El enemigo es vil y quiere matarte, así que tienes que matarle primero. No se aplica el instinto de preservar la vida, porque el enemigo no es una persona sino una cosa. Tomando terminología de la tradición norteamericana que más conozco, el enemigo es un *Kraut* (alemán), un *Jap* o *Nip* (japonés), es *Charlie* o un *Gook* (Vietnam). ¿Cuáles son los términos que tus paisanos usan para deshumanizar al otro?

En realidad este proceso deshumaniza al enemigo al punto de convertirle en cosa, y también deshumaniza al soldado por crear categorías de personas, algunos que valen ser protegidos y otros que se pueden matar.

Nosotros civiles también practicamos la deshumanización a cierto nivel todos los días. Hacemos cosas que reducen el valor del otro, y supuestamente elevan el valor nuestro. Queremos demostrar que somos mejores que la otra persona, y esto nos lleva a sentir justificados cuando discriminamos. Mi práctica personal es usar el humor sarcástico para poner el otro en el ridículo, que implica que soy mejor que ellos, y puesto que el otro es 'inferior', puedo sentir justificado por ponerle en el ridículo. Otras personas usan nombres despectivos con el mismo fin. "¡Es un idiota y un -\$\$%!" ¿No has gastado una broma un poco cruel a alguien que consideras 'inferior', y tu consciencia permanece limpio?

En nuestro texto Jesús mueve desde la famosa *lex talionis*-- "*Ojo por ojo y diente por diente*"-- a la forma popular del mandamiento-- "*Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*" -- a la agudización de la Torah-- "*Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen.*"

A un cierto nivel la máxima "*Ojo por ojo y diente por diente*" nos es muy atractivo. Por un lado, satisface nuestro deseo para tener la justicia. Si otra persona me ofende o me causa daño, quiero que él o ella sufra consecuencias. Esta máxima resuena con algo a un nivel instintivo en nosotros. Toca nuestro sentido de justicia, o por lo menos nuestro deseo por ella.

La forma popular de la Torah, “*Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*”, realmente no se encuentra en la Torah. La Torah no justifica el odio al enemigo directamente, aunque los Salmos están llenos de maldiciones y expresiones de odio hacia el enemigo. El mandamiento en esta forma nos invita a crear criterios para distinguir entre las personas que debo amar y las que no tengo que amar, incluso puedo sentir justificado en odiarles como enemigo.

Este tipo de pensamiento está en el trasfondo de la pregunta del intérprete de la Ley en Lucas 10:29: “*¿Y quién es mi prójimo?*” Espera que Jesús le vaya a dar unos criterios para separar las personas en categorías, y luego se puede identificar los que debe amar. Jesús el sabio invierte el concepto con la parábola del buen Samaritano para hacer la pregunta: “*¿Has sido tú prójimo al otro?*”

Cuando tomamos este texto en Lucas del buen Samaritano junto con nuestro texto en Mateo hoy encontramos una coherencia profunda al nivel teológico en la enseñanza de Jesús. Jesús nos reta a acercarnos a una humanización más profunda, tanto de nosotros mismos como del otro, sin categorías de diferenciación.

Si deshumanizo al otro, a la vez estoy deshumanizando a mí mismo. Si muestro menos respeto al otro que yo quiero que los demás me muestren a mí, entonces en realidad estoy disminuyendo mi propia dignidad humana. La única manera de justificar la deshumanización del otro y mantener mi propia dignidad es acordar unos criterios de diferenciación que justifiquen el proceso. Esto es precisamente lo que hacemos con el racismo, con la desigualdad socioeconómica, el nacionalismo, etc. Lo hacemos con términos despectivos como *Gook* y, ‘*el enemigo*’, *gilipollas*, y en mi caso con el humor sarcástico.

Parece que casi nadie cae en la cuenta de esta verdad. Cuando menosprecio al otro, pierdo algo de mi propia dignidad. El mandamiento radical de Jesús expresa esto muy bien.

Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen.

Este mandamiento va en contra de nuestro instinto humano. ¡Quiero aplastar a mi enemigo y sentirme totalmente justificado! Pero Jesús percibe la gran deshumanización que esto implica, y por tanto cómo agreda contra el propósito 3

creador de Dios a darnos su imagen. Cuando bendigo, amo y oro por el que me hace injusticia, estoy reconociendo la dignidad humana plena del otro, y a la vez abro camino para la reconciliación (sin garantías de ella, por supuesto). De esta manera reconozco la dignidad humana de los dos como iguales, sin factores de diferenciación o discriminación.

Luego Jesús nos enseña el fundamento teológico para este mandamiento: el carácter y el comportamiento de Dios hacia nosotros. Dios “*hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos.*” Dios no ama a unos más que a otros. Cristo murió por Franco y Teresa de Ávila. ¿Crees que eres mejor o peor que ellos?

Jesús enfatiza que sus seguidores y los del reino de Dios deben reflejar el carácter de su Padre celestial. No es nada nuevo. En el Antiguo Testamento leemos que debemos ser santos porque Dios es santo (Lev. 20:7). Aquí Jesús dice: “*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.*” En el contexto me

parece que la perfección no refiere tanto a la moralidad perfecta de Dios como a la universalidad de su bondad hacia todos los humanos. Dios no discrimina en su trato a las personas, aun a los injustos. La versión de Mateo no diferencia de una manera importante de la versión de Lucas donde afirma que el Padre es misericordioso (Lc 6:36), y por tanto nosotros debemos ser misericordiosos.

Así que la norma del trato es centrado en Dios. Tratamos al otro conforme a la dignidad que Dios le ha dado, que es precisamente la misma dignidad que Dios nos ha dado a nosotros. Esta base teológica se traduce a otra máxima bien conocida. *“Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos, pues esto es la Ley y los Profetas”* (Mat. 7:12). Aunque la famosa regla de oro parece ser un ejemplo de la sabiduría humana, ahora podemos percibir que la base real de esta norma es el carácter de Dios y la dignidad humana basada en la creación a la imagen divina.

Cuando Jesús nos llama a amar al enemigo y a orar por el que nos persigue, pone su dedo en la llaga del egoísmo humano. Todos nosotros queremos ser plenamente humanos y ser considerados con la máxima dignidad posible. Pero a la vez queremos reservar el derecho a deshumanizar al otro y a mostrarle un grado inferior de dignidad. Hermanos y hermanas, esto es pecado en su esencia. Es la elevación del ego individual sobre el otro, quien Dios mismo ha creado a su imagen igual que ha creado a mí; por tanto, la diferenciación y la discriminación son expresiones de la idolatría. Me pongo encima de Dios cuando me pongo encima del prójimo.

Las expresiones de este egoísmo no tienen límite. Desde el humor sarcástico, a los nombres despectivos, a la conversión del otro en una ‘cosa’ para que yo pueda sentir justificado en matarlo, todos niegan la dignidad divina del otro y disminuyen nuestra propia dignidad.

Creo que la realidad teológica detrás del mandamiento al amar al enemigo explica en parte la no resistencia de Jesús a las autoridades y su sumisión a la muerte indigna de la crucifixión. Jesús no procura elevarse por encima de los demás, en cuanto son seres humanos creados a la imagen de Dios. Sigue respetando la dignidad humana de los que ordenaron y los que cumplieron su ejecución. Rompe el círculo vicioso de la violencia deshumanizante, y así procura la redención y abre camino a la rehumanización de los que habían perdido su dignidad humana real.

Si el ejército puede entrenar a sus soldados a suprimir sus instintos humanos a no matar, la Iglesia debe tener un programa de entrenamiento en la humanización plena de la vida. Realmente, el seguimiento a Jesús es una formación en la humanización de mí mismo y de los demás. Cuando sigo fielmente a Jesús, recupero mi dignidad humana por ayudar al otro recuperar su dignidad humana. En otras palabras, cuando humanizo al enemigo, le convierto en prójimo. Esto es precisamente lo que Jesús quiere lograr con el amor al enemigo. Sigamos a Jesús en este proceso de humanización. Amén.

Rvdo. Dr. Marcos Abbott
SEUT
El Escorial, España
febrero 2011